

lla manera de existir, y de aquí resultaba que muchos brazos ejecutaban los trabajos concebidos por pocas cabezas. Creciendo luego su número, expidieron colonias conforme á los consejos divinos, las cuales trasplantaron á otros países el culto del dios y la civilización, y fundaron nuevos centros políticos y religiosos.

Osiris, Ammon y Fta, á quienes se confesaban deudos los egipcios de su civilización, eran probablemente los números de colonias así regidas; los *nomos* ó distritos en que se dividía su país, eran las dependencias de cada templo; las devotas peregrinaciones de las colonias á la madre patria facilitaban las relaciones mercantiles, y se comerciaba bajo la protección de los dioses; por cuya razón encontraron los hermanos de José caravanas de Madianitas en dirección á Egipto. De esta manera los santuarios edificadas en toda la orilla del Nilo eran templos de la divinidad, residencias sacerdotales, caseríos de agricultores, plazas de comercio y estaciones de las caravanas.

Tebas, Elefantina, Tis y Heraclea, en el Alto Egipto, fueron los primeros establecimientos de tal naturaleza; Menfis lo fué luego, y más tarde se alzaron Mendes, Bubaste y Sebenita. Las dinastías que nos presentan los historiadores, acaso no fueron de razas que dominaron sucesivamente, sino sólo de reyes que residieron en las diversas ciudades á medida que cada una de ellas superaba á las demás, y llegaba á ser capital, y todavía está en duda si tales dinastías fueron sucesivas ó contemporáneas.

Alguno de estos *nomos*, como sucede generalmente en tales casos, superó á los demás, y los sometió; así Tis y Elefantina debieron estar bajo la dependencia de Tebas, y las siete ciudades del Bajo Egipto de Menfis; pero inútilmente preguntamos á la historia en qué tiempo ni de qué modo adquirió cada uno de ellos la primacía. Solamente parece que el dominio de los sacerdotes fuese combatido por la casta de los guerreros, los cuales, vencedores ya, mudaron la teocracia en gobierno de los fuertes. Manes, considerado como el primer rey de Egipto después de las dinastías fabulosas y simbólicas, fué quizá quien verificó semejante revolución. Entonces ya no perteneció el príncipe á la casa sacerdotal, antes bien, ésta mo-

deraba su poder, como depositaria de la sabiduría y de la voluntad de los dioses. No solo en las públicas procesiones, sino en la vida privada, estaban sometidos los reyes á rigurosas ceremonias; se aconsejaban con el gran sacerdote, y aún se hacían inscribir en la casta religiosa luego que eran elegidos, y con edificios sagrados debían manifestar la reverencia á la divinidad y á sus ministros.

Segun la Escritura, diez y ocho siglos antes de J. C. extendía Menfis su dominación sobre el Alto y Bajo Egipto, habiendo encontrado allí el hebreo José, hijo de Jacob, una espléndida corte de la casta sacerdotal y de la guerra, con instituciones que denotaban una civilización adulta. Como no es difícil en gobiernos despóticos, sucedió que este joven, extranjero y emigrado, llegó por su propio mérito hasta el grado de virey, y aprovechándose de una carestía terrible, hizo que los propietarios cediesen sus bienes raíces, reduciendo así todo el territorio á propiedad del rey, y aboliendo todas las que eran independientes.

Alguna vez interrumpían el progreso de la civilización egipcia las invasiones extranjeras, porque estaban lindando con Egipto los pueblos nómadas de la Libia y la Etiopía, que frecuentemente descendían á desvastarlo, con especialidad mientras los Estados pequeños y desunidos no podían oponerles con vigor. Hubo vez en que los árabes beduinos, atraídos por los pingües pastos y creciente riqueza de las tierras bajas, las invadieron entrando por el istmo de Suez; y sus jeques, llamados por los Egipcios Hiksos, y por los griegos reyes pastores, acamparon en Avari, cerca de Pelusio, destruyeron las primitivas ciudades, y penetraron hasta Menfis que hicieron sede de su dominación. Al principio oprimieron la religión, ó sea á la casta de los sacerdotes, por lo que muchos de éstos emigraron, y algunos llegaron á Grecia; pero después adoptaron los ritos de los vencidos, y en tiempo de Moisés no aparece distinción alguna entre unos y otros.

Sin embargo, jamás consiguieron apoderarse del Alto Egipto, donde los primitivos dominadores continuaron la guerra contra ellos, hasta que los vencieron en tiempo de Tutmosis, preparándose en esta lucha la sucesiva preponderancia de los reyes de Tebas, que adqui-

rieron la supremacía sobre los diferentes Estados.

Tal es el concepto que á mi parecer puede formarse de la confusa antigüedad egipcia. Para aquellos que hagan consistir la historia de los pueblos en la de los reyes, y desoigan las indicaciones de la crítica, diremos que á Manes, primer rey de Egipto, sucedieron trescientos treinta, de los cuales diez y ocho eran etíopes; Busiris II fundó á Tebas; Ucoréo á Menfis.

Osimandias colocó en su palacio una biblioteca, la primera del mundo, encima de la cual había escrito *Remedios del alma*, muy excelente epígrafe si se refiere á libros buenos y divulgados; mas para los egipcios los libros permanecieron encerrados en las bibliotecas, así como las momias en sus sepulcros.

Meris, para evitar las desiguales crecidas del Nilo, mandó hacer un lago que lleva su nombre, el cual tenía tres mil seiscientos estadios de circunferencia y trescientos piés de profundidad con dos pirámides en medio. En él se recogían las aguas cuando la crecida era excesiva, y se esparcían por la llanura cuando esta era escasa, símbolo geroglífico de la solicitud con que atendían los sacerdotes á la cultura del país y á su abundancia.

CAPITULO XIV.

Los sesostridas.

Los Faraones más poderosos corresponden á la XVIII dinastía. Tutmosis I tuvo la gloria de principiar la expulsión de los extranjeros, completada posteriormente por Amenofis II, á quien llaman los griegos Memnon. En celebridad de aquella victoria se erigieron muchos edificios, y su nombre fué eternizado en los monumentos de Tebas, de Elefantina y en el templo de Soleb, en la Nubia. Ramesces I, que acaso es el Danao de los griegos, fué expulsado por su hermano Ramesces II, Miamum, el cual fundó el magnífico palacio de Medinet-Abú en Tebas, cubierto todo de pinturas que recuerdan sus victorias sobre muchísimos pueblos. Entre ellas dicen algunas inscripciones: *Palabras de los jefes de los países de Fecaro y de Rabú, que están en poder de su majestad y glorifican al benéfico Dios, al señor del mundo, sol guardian de*

justicia y amigo de Ammon. Tu vigilancia no tiene límites: reinas en Egipto como poderoso sol, tu fuerza es grande y tu valor iguala al de Bores.

En tu poder está nuestra vida y tuyo es nuestro aliento.

Palabras del rey señor del mundo á su padre Amon-ra, rey de los dioses. Como lo ordenaste, perseguí á los bárbaros, y combati en toda la tierra; el mundo se detuvo asombrado delante de mí..., mis brazos sujetaron á los señores de la tierra, segun la orden que recibí de tu misma boca.

Palabras de Amon-ra señor del cielo, moderador de los dioses. Feliz sea tu regreso. Perseguiste á los nueve arcos, cortaste las cabezas, atravesaste los corazones de los extranjeros, hiciste libre la respiración de todos aquellos que... Mi boca te aprueba.

Las pinturas de las catacumbas de Silsilis están dedicadas al rey Horos, recordándole en ellas sus victorias sobre los etíopes: la inscripción geroglífica á propósito de su triunfo dice: *Vuelve el dios grandísimo, conducido por los gefes de todos los númenes: en su mano tiene el arco como el de Mandú, divino señor del Egipto; él, que es rey de los vigilantes, conduce las cabezas de la perversa raza de los cus; él, director de los mundos, aprobado por Fre, hijo del sol, siervo de Ammon, Horos el vivificado. El nombre de su majestad se hizo conocer en la tierra de Etiopía, á la cual castigó el rey conforme á las palabras que le dirigió Ammon su padre.*

Durante el reinado de Amenofis III renovaron los hiéso su invasión, hasta el punto de verse obligado el rey á refugiarse en Etiopía, de donde no obstante volvió vencedor, gracias al esfuerzo de su hijo Ramesces.

Acerca de este Ramesces III ó Sesostris, se han acumulado mil leyendas, que probablemente se refieren á empresas de diferentes personajes, ó son partos de la imaginación y de la vanidad nacional. Cuéntase, pues, que deseando su padre hacerlo sumamente poderoso, advertido también por los dioses, ó sea por los sacerdotes, recogió mil setecientos niños que nacieron en el mismo día, y los hizo educar de la propia manera que al suyo, acostumbRANDOLOS á las fatigas militares, de tal modo, que al

sucedarle en el trono se encontró el hijo con otros tantos expertos capitanes, afectos á su persona con ese carifio tan firme, que se concibe en la infancia. A la cabeza de éstos, pensó Sesostri conquistar al mundo, y en breve reunió seiscientos mil infantes, veinticuatro mil caballos, y veintisiete mil carros de guerra; que poco cuesta al historiador y á la imaginación multiplicar el número. A todo esto, y á pesar del aborrecimiento que se dice tenían los egipcios al mar, agregaban algunos una escuadra de innumerables velas. Con tanto armamento sojuzgó la Etiopía, y pasó al Asia; por el camino que habian traído quizá los primeros civilizadores, y por donde volvieron sus descendientes con frecuencia, penetró en la India más adelante que Hércules ó Baco; atacó á Escitia, la Colquide y la Tracia; y por último, abandonando, no se sabe por qué, tantas conquistas, dió la vuelta al cabo de nueve años; halló una conjuración dispuesta contra él por su hermano Armaida, y disipándola no pensó ya en otra cosa más que en asegurar la pública prosperidad, y en cicatrizar las llagas de la pasada guerra. Erigieronse entonces centenares de templos, á cual más esplendidos, en uno de los cuales se colocaron estatuas de treinta codos de altura que representaban al rey, á la reina y á sus cuatro hijos, mientras que una red de canales difundía la fertilidad por todo el país, uniendo á Menfis con el mar. En estos trabajos no empleó mas que brazos de esclavos y extranjeros, y desplegando un lujo bárbaro así como una devoción inhumana, cuando alguna vez iba al templo, hacia que tirasen de su carro príncipes subyugados. Dictó también excelentes leyes, inspirado por Mercurio: repartió el territorio, é instituyó el censo, levantó tributos regulares.

Sin insistir respecto de lo inverosímil de esta narración, veamos si tiene algun fondo de verdad. En primer lugar parece bastante cierto que Sesostri fué el más grande de todos los reyes de Egipto, y que floreció cerca de catorce siglos antes de la era vulgar. Su principal mérito consiste en haber restituido la independencia al país, lanzando enteramente á los árabes. Quizá en el primer ímpetu salió realmente é hizo correrías á la manera de los beduinos, contra los países más abundantes, como eran

entonces la Etiopía, el Asia anterior hasta Babilonia, y parte de la Tracia, y por mar contra la Arabia Feliz y las vecinas costas, probablemente hasta la Península India. Las operaciones que ejecutó en lo interior del país, muestran cuán despóticamente reinó. Es además probable que en su tiempo se principiase los mayores monumentos del Egipto; pero edificios de aquella magnitud no se acaban con los sudores de una generación sola. Púedese creer también que entonces se organizase más completamente la división de las castas; porque en verdad, la de los navegantes no podía florecer antes de que abundasen los canales, ni la de los guerreros antes de que el país estuviera unido bajo el cetro de uno solo.

Se creen transmitidas á la posteridad las empresas de Sesostri en monumentos del Asia Menor, indicados por Herodoto, y encontrados por los modernos; y las cuales están cantadas en un poema histórico, principalmente la victoria alcanzada sobre los esquetos (escitas?), venciendo á los cuales, pudo *hacer libre el aliento de los Licios y de los Jonios*.

Belzoni descubrió en Allor, en la Nubia, un templo dedicado á Isis por la mujer de Ramesces, y antes penetró en el de Ibsambul, donde halló sentados sobre la fachada cuatro colosos, cada uno de sesenta piés de altura, y que sin duda representaban á este monarca, cuyas victorias están recordadas en los bajos relieves de que está cubierto todo el monumento. Diez y seis salas con pinturas sobre asuntos religiosos conducen á un santuario, en cuyo fondo hay otras cuatro estatuas mayores que el natural, lo cual induce á suponer que allí está la tumba de Sesostri.

Posterior y sucesor suyo fué su hijo Ramesces, llamado también Feron, que reinó mucho tiempo en paz, y cuyo nombre se lee en el templo de Karnac y en otras partes. Aquí, despues hay una laguna confesada también por Herodoto, y aparecen Amasis, el etiope Actisano y Mandes ó Manes; desde aquí y durante el tiempo de cinco generaciones, todo fué anarquía, hasta que en la época de la guerra troyana dominaron, Preteo, despues su hijo Ramses, luego siete sucesiones de reyes, entre los cuales se distinguieron Nilo, Cheops, Chefren y Micerino, fundadores de las grandes pirámides; Bó-

coris ó Asiquis, que dictó leyes, y finalmente el ciego Anisis, que arrojado del trono por el etiope Sabacon, volvió á ocuparlo al cabo. Tan frecuentes visitas de los etíopes debieron tener por causa las intestinas disensiones, probablemente entre las castas de los guerreros y la de los sacerdotes, que intentaban recuperar la perdida superioridad con las armas extranjeras. Y en efecto, cuando la raza etiópica adquirió el dominio, lo confirió á la casta sacerdotal, representada por Setos, sacerdote de Vulcano.

Deben aceptarse estas historias como acepta el naturalista los fósiles desparramados acá y allá, porque le confirman las revoluciones del globo, sin que puedan determinarle el tiempo en que ocurrieron. Frecuentemente no son más que simbólicos geroglíficos; y al decir Herodoto que reinó Anises el ciego, indica quizá alegóricamente lo que Diodoro expresa de un modo más prosáico, consignando el vacío que se encuentra en la tradición de aquella época. Si pensamos que Busiris quiere decir tumba de Osiris, al leer que Busiris II fundó á Tebas, nos inclinamos á interpretar que los Faraones, fundadores de esta ciudad, reposan en la tumba de Osiris, ó acaso que la arquitectura á cielo descubierta sucediera á las excavaciones subterráneas. El trasformador Proteo es simbolo de la edad antigua, que concluye abriendo una nueva, como Júpiter que sucede á Saturno, y como Hércules que ayuda á Atlante á sostener el mundo.

Bástenos, pues, deducir por conclusion, que los tiempos más florecientes del Egipto fueron desde 1500 á 800; y que al terminar éstos, Sabacon, procedente de la Etiopía ó de Meroe, sojuzgó el país, turbando así la prolongada paz á cuyo favor pudo elevarse á prosperidad tan grande. Probable es que los sacerdotes, si primeramente se valieron de las armas extranjeras, reanimaran despues el ardor nacional hasta el punto de llegar á la expulsión de los extranjeros, creciendo tanto su poder, que Setos, sacerdote de Fta, se enseñoreó del trono. Dióselo á pesar suyo la casta guerrera, vilipendiada por él, por cuya razon se exacerbaban tanto las discordias, que aprovechándose de ellas Senaquerib, rey de Asiria, pudo dirigirse contra los egipcios. Aterrados éstos se coligaron con los hebreos y pidieron auxilio á Taraco, rey de

Etiopía; pero es probable que hubiera acabado allí su independencia, si el ejército de Senaquerib no hubiese sido exterminado bajo los muros de Jerusalem por el ángel de Dios, como dijeron los hebreos; por los ratones que royeron las cuerdas de los arcos, segun dice Herodoto; por una epidemia, como algunos piensan, ó por el viento del desierto como otros creyeron. El hecho es, que por uno ú otro motivo se vió obligado el rey á volver á Ninive.

Con tan varios sucesos se relajaron los vínculos nacionales, renaciendo la antigua división del Egipto en doce Estados, y como ocurre generalmente llegaron éstos á tal extremo en sus disensiones, que Psamético, jefe del nomo ó provincia de Sais, fué lanzado del poder. Habiendo tomado éste á su servicio tropas de griegos, carios y fenicios, con su ayuda no solo volvió á su Estado; sino que sometió á sus émulos y reunió en sus manos la dividida autoridad, trasladando la sede de los faraones á Sais. Se debió, pues, la restauración á los extranjeros; y aliado el Egipto con griegos y asiáticos principió á experimentar las influencias exteriores, hasta que llegó de Persia Cambises á conquistarlo.

CAPÍTULO XV

Instituciones egipcias.

Hablando de las castas, créese que tuvieron origen en los diversos pueblos que venían á habitar un país, en el que uno preponderaba sobre otro, continuando cada uno en la ocupación á que se habia dedicado. Del mismo modo creemos formado al egipcio de fragmentos de varios pueblos, y por eso, sin duda, quedó dividido en castas de sacerdotes, de guerreros, de labradores y negociantes. Contamos también los porqueros y los pastores como casta odiada, y los intérpretes introducidos por Psamético cuando montaba la administración del país á la griega; pero aquéllos debían pertenecer á los labradores, éstos á los sacerdotes y negociantes, y el resto del pueblo era esclavo.

Los sacerdotes pretendían haber recibido de Isis la tercera parte del territorio: ellos eran los depositarios de la ciencia, y por consiguiente de los empleos y del poder, siendo al mismo tiempo los moderadores ó el contrapeso de la